

### MEDITACIÓN CXXXIV

29 de Septiembre.—SAN MIGUEL ARCÁNGEL.—*Factum est prælium magnum in celo: Michaël et Angeli ejus præliabuntur cum dracone.— (Apoc., XII, 7).*

I. El orgullo de Lucifer castigado; la humildad de San Miguel recompensada.

II. El orgullo prepara la caída; la humildad, la exaltación.

III. De qué manera podremos evitar el castigo de los orgullosos y merecer la recompensa de los humildes.

#### PUNTO I

El orgullo de Lucifer castigado; la humildad de San Miguel recompensada

1.º En sentir de San Jerónimo y de San Gregorio, Lucifer había sido, en el orden de la naturaleza y en el de la gracia, la más perfecta entre las obras de Dios (1). Es cosa muy conocida por las Sagradas Escrituras que el orgullo fué la causa de la caída de Lucifer; pero no se sabe con igual certeza en qué haya consistido este acto de orgullo. Comunmente se cree que habiendo Dios creado los ángeles en estado de gracia y de justicia, Dios quiso que merecieran la eterna bienaventuranza mediante el recto uso de su libertad. Durante este tiempo de prueba El les descubrió algunos de los ocultos designios de su Providencia, en modo particular el de la Encarnación del Verbo, y les ordenó que le adorasen en su unión hipostática con la naturaleza humana. Engreído con su excelencia Lucifer se creyó humillado

(1) *Hunc primum condidit, quem reliquis angelis eminentiorem fecit.* (S. Greg. Moral., liv. II, c. XXX).

al recibir semejante mandato y se rebeló al pensamiento de humillarse delante de un hombre. Creyó que si la Divinidad pensaba unirse íntimamente con alguna de sus criaturas, con ninguna mejor que con él podía hacerlo dignamente; y por eso, según la expresión del Profeta, habiendo elevado su corazón en la admiración de su propia belleza, esta misma belleza le hizo perder su sabiduría: *Elevatum est cor tuum in decore tuo; perdidisti sapientiam tuam in decore tuo* (1).

El no se limita á rehusar la sumisión que Dios le exige, sino que excita á los demás á rehusarla también; y efectivamente logra persuadir á muchos de que este decreto divino que tanta gloria procurará á la humanidad, es injurioso para la naturaleza angelical... ¡Oh funesto efecto del escándalo, sobre todo cuando es dado por los que mayor obligación tienen de darnos buen ejemplo! El dragón, dice San Juan, arrastró consigo la tercera parte de las estrellas del cielo (2). ¿Y á dónde va á precipitarse con los que ha seducido? En aquel abismo de fuego inextinguible criado para él y para los cómplices de su soberbia: *In ignem æternum, qui paratus est diabolo et angelis ejus.* ¿Qué caída tan espantosa! ¿De dónde cae él? ¿Y á qué lugar cae? Se cumple por vez primera aquel oráculo divino: *Qui se exaltat humiliabitur.* Sacerdotes, temed el orgullo! Temedle tanto más cuanto que vosotros sois muy grandes y mucho es el respeto que se debe á vuestra dignidad: *Altio rem locum sortitus es, non tutiorem* (3).

2.º Este grande Arcángel se indigna por el insulto hecho á su soberano Señor. ¿*Quis ut Deus?* grita él: ¿quién se puede comparar con Dios? ¿Quién puede rehusar el obedecer cuando El manda? Su fidelidad fortalece la de los ángeles buenos que se unen con El repitiendo: ¿*Quis ut Deus?* Y todos unidos combaten contra Lucifer y salen vencedores. Y

(1) *Ezecl., XXVIII, 17.*

(2) *Apoc., XII, 14.*

(3) *S. Bern. De consid.*

con esto la prueba se acaba y quedan confirmados en gracia. Dios les descubre entonces toda la magnificencia de sus maravillas, ellos lo ven cara á cara, y lo poseen. ¡Qué recompensa tan hermosa para todos ellos, pero sobre todo para el jefe de la santa milicia! San Miguel queda constituido jefe de todos los príncipes del Cielo, capitán del pueblo de Dios, defensor de la Iglesia, protector del sacerdocio católico: y junto con todos ellos combatirá las batallas del Señor hasta el fin de los siglos. Se le dedicarán numerosos altares, se le consagrarán templos, se establecerán sociedades bajo su invocación, y en la Liturgia su nombre vendrá inmediatamente después del de la Reina de los Cielos y del universo (1). ¡Con qué gloria aparecerá al fin de los siglos cuando, vencido el anticristo, se remontará triunfante al Cielo á la cabeza de todos los escogidos! ¡Hé ahí lo que mereció humillándose delante del Señor!

## PUNTO II

Cómo el orgullo prepara la caída y la humildad la exaltación

1.º Inevitable es la caída cuando hay por una parte la extrema debilidad, y por la otra se tiene que luchar con una fuerza invencible. Desde luego nada hay más débil que el orgullo. David dirigía á Dios esta plegaria: *Non veniat mihi pes superbiæ* (2). Mi pie no puede estar firme sobre un terreno movido. ¿Sobre qué se apoya un hombre que se deja dominar por el orgullo? Sobre sí mismo. ¿En quién confía él? En sí. Hé ahí las señas del vicio pintado por Nuestro Señor Jesucristo con un rasgo solo; *In se confidebant* (3). Ahora bien, ¿qué es el hombre por sí mismo sino vanidad y nada? *Si quis existimat se aliquid esse, cum nihil sit, ipse se seducit* (4). *Homo-*

- (1) *Confiteor... beato Michaëli, etc.*
- (2) Ps. XXXV, 12.
- (3) Luc., XVIII, 9.
- (4) Gal., VI, 3.

*vanitati similis* (1). *Substantia mea tanquam nihilum ante te* (2). Lucifer dejó la verdad para acercarse á la mentira: no fué otra la causa de su caída: *In veritate non stetit* (3). San Bernardo se pregunta cuál es esa verdad, y responde: Es el sentimiento tan justo que él debía haber tenido de sí mismo: yo por mí solo nada soy; si algo tengo se lo debo á Dios; á El es por consiguiente á quien se debe toda la gloria; á mí nada me es debido.

Pero, aunque el orgulloso fuera tan fuerte como en verdad es débil, ¿podría él sostenerse contra el poder infinito que lo combate? *Deus superbis resistit* (4). Dios ha declarado que su gloria no la dará á nadie (5) ¿no aplastará, pues, al temerario que intenta arrancársela?

2.º Las mismas razones que muestran la caída del soberbio, nos muestran también que el humilde será exaltado. Es el mismo Dios el que resiste á los soberbios y da su gracia á los humildes: *Humilibus dat gratiam*. Pero ¿qué gracia será esa? Es la gracia de la sumisión á la voluntad divina, la gracia de la perseverancia; en fin, todas las gracias son para los humildes. Ellos son inmovibles porque Dios los sostiene: nada tienen que temer porque Dios los defiende: *Custodiens parvulos Dominus* (6). La verdad que ellos poseen, es decir, el conocimiento íntimo que de sí tienen hace que no descansen sino en Dios; y de este modo quedan preservados de toda ruina espiritual *Veritas liberabit vos* (7). La confianza de ellos es un homenaje rendido á la bondad del Señor: ella gusta á Dios en modo particular, y atrae sobre ellos todas las bendiciones del amor divino: *Humilem Deus protegit et liberat; humilem di-*

- (1) Ps. CXLIII, 4.
- (2) Ps. XXXVIII, 6.
- (3) Joan. VIII, 44.
- (4) Petr., V, 5.
- (5) *Gloriam meam alteri non dabo.* (Is. XLII, 8.)
- (6) Ps. CXIV, 5.
- (7) Joan. VIII, 32.

*ligit et consolatur; humili homini se inclinat, humili largitur gratiam magnam, et post ejus depressionem levat ad gloriam* (1). Hé ahí la suprema elevación preparada á la humildad.

### PUNTO III

Cómo podremos evitar los castigos del orgulloso, y merecer la recompensa destinada á los humildes

Adoptando por regla de nuestra conducta el grito de guerra de San Miguel: *Quis ut Deus?* Y también procurando merecer la protección de ese Arcángel poderoso.

La humildad verdadera estriba en el conocimiento de Dios y de sí mismo. ¿Quiere el espíritu de la mentira llevarnos á la vana gloria? Respondámosle con San Miguel: *Quis ut Deus?* ¿Quién soy yo, y qué son todas las criaturas, en comparación de Dios? ¿Soy yo tentado de murmuración ó de impaciencia? *Quis ut Deus?* ¿Es más justo que Dios obre según mi voluntad, ó que yo me someta á la suya? El es mi rey: luego tengo que obedecerle: es mi padre, y debo amarle. ¿Es la inclinación á los placeres la que intenta seducirme? *¿Quis ut Deus?* Dios mío, ¿quién es semejante á Vos? ¿Quién puede llenar los deseos de mi alma, satisfacer mi corazón, sino Vos, Bien Soberano? Este medio es también muy eficaz para excitar en nosotros el fervor y el respeto cuando nos acercamos al altar, ó cuando empezamos el rezo del breviario: *¿Quis ut Deus?*

Pero nosotros los Sacerdotes somos como soldados, y San Miguel es nuestro jefe; sostenemos la misma causa, combatimos los mismos enemigos: por tanto, no debemos esperar de él tan sólo el socorro de su ejemplo: si acudimos á El con entera confianza podemos esperar auxilios mucho más poderosos. Es él en modo particular, el que presenta á Dios nuestras ora-

(1) Imit., l. II, c. II.

ciones y sacrificios: *Stetit angelus juxta aram templi, habens thuribulum aureum in manu sua* (1); él es quien nos protege en el punto de la muerte, el que recibe nuestras almas y las introduce en el Cielo: *Archangele Michaël, constitui te... super omnes animas suscipiendas* (2). — *Signifer sanctus Michaël repræsentet eas in lucem sanctam* (3); Cuando yo llegue á mi último instante, ¿qué se pedirá para mí? *Suscipiat eum sanctus Michaël..., qui militiae caelestis meruit principatum* (4).

Honremos á San Miguel como la más viva imagen de la divinidad, como la más elocuente expresión de su grandeza. Invoquémosle á menudo; sobre todo al pie del altar, cuando antes de ascender á él nos humillamos mediante la confesión pública de nuestras faltas: *Confiteor, etc.* San Lorenzo Justiniano, recomienda la devoción á San Miguel con estas palabras: *Agnoscant singuli protectorem suum, illum laudibus efferant, frequentent precibus, votis amplectantur, devotione inclinent, et per emendationem vitæ lætificent; non enim poterit orantes despiciere, repellere confidentes, declinare amantes, quippe cum defendat humiles, pudicos diligit, dirigat innocentes, custodiat vitam, regat in via, perducat in patriam* (5).

### RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*El orgullo de Lucifer castigado y la humildad de San Miguel recompensada.*—Seducido Lucifer por su propia excelencia, rehusa el humillarse delante de un Dios hecho Hombre: arrastra en su rebelión un gran número de ángeles, y van á precipitarse con ellos en un abismo de fuego, creado para él y sus cómplices. San Miguel exclama: *Quis ut Deus?* Su fidelidad fortalece la de los ángeles buenos... ¡Cuán magnífica fué su recompensa!

(1) Brev.

(2) Ibid.

(3) Miss. defunct.

(4) Rit. Commend. anim.

(5) Serm. de S. Mich. (Véase al fin del tomo la nota sobre la *Hermandad del Corazón Agonizante*).

PUNTO SEGUNDO.—*Cómo el orgullo prepara la caída y la humildad, la exaltación.*—Es indispensable caer cuando por una parte es uno débil, y lo acometen por otro lado combates de invencible fuerza. Nadie más débil que el orgulloso; porque él se apoya sobre sí propio, y es vanidad únicamente. El mismo Dios que resiste á los soberbios da su gracia á los humildes; y de qué no es uno capaz cuando se tiene á Dios por protector y por apoyo?

PUNTO TERCERO.—*Cómo evitar el castigo de los soberbios y alcanzar el premio de los humildes?* Adoptando por regla de conducta el grito de guerra de San Miguel: *¿Quis ut Deus?* Repitámoslo cuando nos vemos tentados de vanagloria, de impaciencia, cuando la inclinación al placer se empeña en seducirnos. ¿Qué socorros, por otra parte, no tenemos derecho á esperar de San Miguel si somos fieles en honrarle é invocar su auxilio?

### MEDITACIÓN CXXXV

2 de Octubre.—LOS ANGELES DE LA GUARDA

I. Con qué bondad nos confió Dios á la guarda de los ángeles.

II. Cómo desempeñan los ángeles el cargo que Dios les ha dado respecto de nosotros.

PRIMER PRELUDIO.—Representémonos en la tierra una multitud de ángeles, que se empeñan en hacer á los hombres toda clase de servicios para el cuerpo y para el alma. Veamos á nuestro lado á aquel á quien Dios nos ha dado por guardián, y adoremos con él la infinita majestad del Señor.

SEGUNDO PRELUDIO.—Pidamos la gracia de comprender los beneficios que recibimos de Dios por el ministerio de los ángeles, y de llenar fielmente los deberes que nos imponen estos beneficios.

### PUNTO I

La bondad de Dios al confiarnos á los ángeles de la guarda

Cuán grande es el hombre por la misericordia divina y por sus gloriosos destinos! ¡cuán pequeño considerado en su debilidad y en sus miserias: *Angeli eorum semper vident faciem Patris mei* (1). «Cuál es, pues, exclama, la dignidad de las almas, puesto que cada una de ellas, á su entrada en la vida recibe un ángel encargado por Dios de velar en su custodia? *Magna dignitas animarum, ut unaquæque habeat, ab ortu nativitatis, in custodiam sui angelum deputatum* (2). La Iglesia llama hoy nuestra atención hacia un favor inefable, casi universalmente olvidado. *Deus, qui ineffabili providentiâ sanctos angelos tuos ad nostram custodiam mittere dignaris.*

Ve un rey poderoso á un niño de la hez del pueblo, abandonado de todos, desprovisto de todo recurso, y ordena á un príncipe de su corte que lo tome bajo su protección, que lo eduque con el más diligente cuidado, sin abandonarlo ni de noche ni de día.... Me imagino un monarca que tiene un corazón de padre hacia ese niño; la extraordinaria bondad que le muestra prueba lo bastante que lo destina á muy alta dignidad en su reino. Imagen conmovedora de lo que Dios hace por nosotros por ministerio de los ángeles! ¿Qué somos por nosotros mismos y qué podemos? ¿Cuál es nuestro estado cuando entramos á este mundo?... Pero ¡oh caridad! incomprensible! No se contenta Dios, dice San Bernardo, con enviarnos á su Hijo y á su Espíritu Santo á fin de que todo cuanto existe en el Cielo concurriese á nuestra felicidad, sino que envía también á sus ángeles para servirnos; porque es ese el oficio que les cumple desempeñar con nosotros, según la

(1) Matth., XVIII, 10.

(2) Lib. 3 comm. in cap. 18 Matth.

enseñanza del Apóstol: *Nonne omnes sunt administratorii spiritus, in ministerium missi propter eos qui hæreditatem capient salutis* (1).

Al llegar á este punto el piadoso doctor no puede contener más su admiración, y á fin de comunicárnosla nos exhorta á reflexionar, y exclama con entusiasmo: «*Angelis suis mandavit de te! Mira dignatio! et vere magna dilectio charitatis! Quis enim, quibus, de quo, quid mandavit, studiosè consideremus, fratres; diligenter commendemus memoriæ hoc tam grande mandatum.* El que envía es Dios, sér soberanamente libre que se basta á sí propio; aquellos á quienes envía son sus ángeles, espíritus puros, santos, superiores en poder á todos los reyes de la tierra. *Angelis suis.* No es una invitación, es un mandato que les impone: *mandavit.* ¿Y qué cosa les manda? No sólo velar por la salvación de los imperios, sino también por la conservación de cada uno de nosotros individualmente: *De te;* les manda que nos protejan á nosotros que somos polvo y nada á nosotros pecadores, pérfidos é ingratos! ¿Y hasta dónde deben extenderse sus cuidados? A todas las posiciones, á todas las circunstancias de nuestra vida y de nuestra muerte: ellos serán nuestros amigos aún más allá del sepulcro..... Quiere Dios que nos guarden en todos nuestros caminos. *Ut custodiant te in omnibus viis tuis,* y que cuando sea necesario nos lleven en sus brazos. *In manibus portabunt te;* como se conduce á niño se le quiere preservar de todo peligro. *Ne forte offendas ad lapidem pedem tuum.* ¡Cuán consoladora es esa divina previsión! *Adsunt igitur,* añade San Bernardo, *et adsunt ut protegant, adsunt ut prosint* (2). ¿Quién es pues, el hombre, oh Dios mío, para que Vos le consagréis con tanta ternura vuestro Corazón; para que destinéis un príncipe de vuestra corte á su cuidado, con orden de encargarse de todos sus intereses?

(1) Heb., I, 14.

(2) In. Ps. *Qui habitat*

## PUNTO II

Cómo desempeñan los ángeles de la guarda ministerio tan conmovedor

Sin ocuparnos de los servicios que nos hacen en el orden temporal; ¡cuán solícita es su actividad ayudándonos á alcanzar los bienes espirituales! Nos muestran los caminos para llegar á ellos, alejan los obstáculos y nos procuran los medios. ¿Cómo se explica entonces que haya tan poca correspondencia á su generosa abnegación?

1.º La providencia tiene trazada una carrera que cada uno de nosotros tiene que seguir, y un sitio que conquistar en el Reino de los Cielos. «Ved, dice el Señor, que yo envío á mi ángel, irá delante de vosotros, os protegerá y os introducirá en el lugar que os he preparado» (1).

No de otra suerte que los espíritus bienaventurados de los primeros órdenes transmiten luz y amor á los órdenes inferiores, así los ángeles de la guarda nos hacen conocer el verdadero bien y nos conducen á él. Cuando nos sentimos impulsados á desprendernos de todo, de entregarnos de veras á Dios, es nuestro caritativo guía quien nos lo inspira. Nada hay más ingenioso que su celo para santificarnos. Nos propone á veces el ejemplo de Jesucristo, ó de los Santos cuyo carácter se adapta al nuestro; ya nos pinta con viveza la brevedad de la vida, la hora de la muerte, la eternidad...; ya hace pasar á nuestra vista las bellezas de la virtud, los atractivos de la gracia, los frutos de la buena conciencia, las coronas prometidas á la fidelidad constante.. San Bernardo nos representa á este príncipe del Cielo convertido en paje de nuestra alma, siguiéndola paso á paso,

(1) *Ecce ego mittam angelum meum, qui præcedat te et custodiat in via, introducat in locum quem paravi.* (Exod. XXXIII, 20.)

á fin de advertirle y exhortarle sin cesar (1). Fray Luis de Granada ve en nuestros ángeles custodios padres llenos de ternura que se consagran por completo al bien de sus hijos, ricos que sirven á los pobres, doctores que enseñan á los ignorantes (2).

2.º El ángel de la guarda aleja los obstáculos que se encuentran en el camino de la salvación. ¿Se trata de una ocasión peligrosa? Nos impulsa á salir de ella y nos sujeta para eso, como á Loth, á una especie de violencia: *Apprehenderunt manum ejus, eduxeruntque eum* (3). ¿Nos abate el espíritu de la tristeza ó del desaliento? El ángel de la guarda nos consuela, nos fortalece y derrama en nuestra alma una secreta unción que la cura. Pero el más formidable obstáculo para nuestra felicidad eterna, es la guerra encarnizada que nos mueven los espíritus de las tinieblas. No puede perdonarnos su envidia el amor que Dios nos tiene y la gloria á que nos destina: *Ardens invidia pellere nititur quos cælo Deus advocat*. Confiemos sin embargo; nuestro amigo celestial emplea en defendernos el celo que no tienen para perdernos los esfuerzos de nuestros enemigos. Hace por sus defendidos lo que Rafael por Tobías: encadena á los demonios, ó los lanza lejos de nosotros. Y es por esto que cuando el profeta dijo, *Angelis suis mandavit de te*, añade también para confirmar nuestro aliento: *Super aspidem et basiliscum ambulabis, et conculcabis leonem et draconem*. El león, el dragón, el áspid y el basilisco son las potestades infernales que pisoteamos con el socorro de nuestros ángeles custodios.

3.º Concurrén más directamente aún á nuestra salvación por los medios de santificación que nos procuran, principalmente orando por nosotros y ofreciendo á Dios nuestras oraciones.

(1) *Ipsè est qui in omni loco, sedulus quidam pedissequus animæ, non cessat sollicitare eam et assiduis suggestionibus monere.* (Serm. 3. in Cant.)

(2) Tratado de la oración.

(3) Gen., XIX, 16.

Los demás ángeles sólo interceden por nosotros por el efecto de una caridad común que une entre sí á todos los hijos de Dios; mientras que nuestros ángeles de la guarda tienen, para interesarse por nosotros, el motivo de una obligación inherente á su ministerio, y el celo ardiente con que el Señor los abrasó cuando nos confió á sus cuidados. Dice la Escritura que al establecerlos ministros suyos les dió la actividad de la llama: *Qui facit angelos suos spiritus et ministros suos flammam ignis* (1). Se hallan cerca de Dios, gozando la bienaventuranza de poseerlo y al propio tiempo cerca de nosotros presenciando nuestros peligros y miserias, para ayudarnos y auxiliarnos, por lo que no cesan de pedir nuevas bendiciones para nosotros.

Ofrecen también nuestras oraciones. «Y hé aquí que un ángel, dice San Juan, vino á colocarse delante del altar. Tenía en la mano un incensario de oro, y le fueron dados muchos perfumes: eran las oraciones de los santos que consumió luego en el incensario: y el humo de estos perfumes se levantó de manos del ángel hasta Dios» (2). Rafael hace á Tobías la siguiente declaración: «Cuando mezclabas con lágrimas tus oraciones, dejando aún de comer y de dormir para enterrar á los muertos, yo lo ofrecía todo al Soberano Señor» (3). ¡Cuán felices somos, exclama Bossuet, porque tenemos amigos tan íntimos y abnegados delante del Señor! No se contentan con llevar nuestros ruegos al pie de su trono, llevan también nuestras buenas obras; presentan allí la caridad ejercida con los pobres y los enfermos, la limosna escondida, la injuria perdonada, aquel ayuno, aquella mortificación... Recogen aun nuestros deseos y nuestros pensamientos que hacen valer delante de Dios. ¡Ah! ¿quién podría decir, sobre todo, con qué alegría le presentan las lágrimas de arrepentimiento, los

(1) Hebr. I, 7.

(2) Apoc., VIII, 3, 4.

(3) Tob., XII, 12.

sufrimientos sobrellevados por amor á El con humildad y paciencia?

Finalmente al acercarse la muerte, en esos últimos combates en que va á decidirse nuestra suerte eterna, redoblan su vigilancia y solicitud para reprimir el furor de nuestros enemigos, y para animar en nosotros el espíritu de confusión, de penitencia y de fervor. Prosigue su ministerio aun más allá del sepulcro. Si quedamos condenados á las últimas y terribles expiaciones en las llamas del Purgatorio, nos visitan y nos consuelan. Solicitan Sufragios en favor nuestro, inspiran á las almas fervorosas el pensamiento de ayudarnos eficazmente y negocian delante de Dios el importante asunto de nuestra liberación. ¿Qué hemos hecho hasta ahora para reconocer esta bondad del Señor, ese celo tan puro, tan tierno y constante del ángel que nos ha dado para custodiarnos? Lloremos nuestra ingratitud y comencemos á repararla hoy mismo.

#### RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Con qué bondad nos confió Dios á la guarda de los ángeles.*—La Iglesia llama hoy nuestra atención hacia un favor divino que califica de inefable... *Deus, qui ineffabili providentia...* ¡Oh caridad incomprensible! No se ha contentado Dios con enviarnos á su Hijo y á su Espíritu Santo, nos envía también á sus ángeles para servirnos: *Angelis suis mandavit de te.* Quién envía es Dios, aquellos que envía son príncipes de su corte; pero á quién y para qué los envía? Es preciso que pensemos en cada uno de estos argumentos.

PUNTO SEGUNDO.—*Con cuánta caridad se emplean los ángeles en nuestra guarda.*—Sin hablar del orden temporal pensamos sólo en la salvación: mostrarnos su camino, alejar los obstáculos, darnos los medios de caminar hacia ella: hé aquí lo que hacen por nosotros los ángeles custodios. Nos desvían del mal, nos descubren los lazos, nos fortalecen en nuestras debilidades, nos consuelan en nuestras penas y nos defien-

den del demonio... Concurren aun más directamente á nuestra salvación rogando por nosotros y ofreciendo nuestras oraciones. Cuando llega la muerte aumentan su vigilancia y solicitud para asegurarnos la victoria en los últimos combates. Su caridad nos acompaña más allá del sepulcro: nos visitan y consuelan en el purgatorio, piden sufragios para nosotros; y, por todos los medios posibles, aceleran nuestra entrada en la morada de la gloria.

#### MEDITACIÓN CXXXVI

*Continuación del mismo asunto.—Nuestros deberes para con los santos ángeles de la Guarda.*

- I. Deberes generales comunes á todos los fieles.
- II. Deberes particulares propios de los Sacerdotes y pastores.

#### PUNTO I

**Deberes generales de todos los fieles respecto de los santos ángeles de la guarda.**

A tres los reduce San Bernardo: respeto, reconocimiento y confianza. La presencia de nuestro buen ángel pide que le respetemos; que estimemos sus servicios y que pongamos nuestra confianza en su poderosa y eficaz protección: *Reverentiam pro præsentia, devotionem pro benevolentia, fiduciam pro custodia.*

1.º Respeto. Es Dios mismo quien nos lo destina: *Observa eum*, nos dice, *nec contemnendum putes.* Y da como sublime razón, que su nombre está en él: *Est nomen meum in illo* (1). Tal es, en efecto, la excelencia y dignidad del ángel que es la expresión más noble y viva de la divinidad. Es el primer resplandor de su belleza, la obra primera de sus ma-

(1) Exod., XXIII, 21.